

mática de Sadleny? ¿A qué vienen esas expresiones tan repetidas de "pública Hacienda", "nacional riqueza", etc.? ¿Son influencias de la política inglesa?

Confiemos en que nunca tendremos que descender a la humillación de oír a la Corona, por consideración a nuestros fieles aliados, expresarse de este modo ante el país:

"Dignos pares y señores diputados de la portuguesa nación: Feliz me hallo por me sentar entre el nacional Parlamento, dando principio a las nacionales lides. Es necesario que veamos por la pública administración para mantener las patrias libertades. Sin el constitucional decoro no hay públicas garantías. La nacional Hacienda merecerá el mayor celo al legislativo Poder. El ejecutivo Poder mantendrá las publicadas leyes. Queda abierta la ordinaria sesión de las portuguesas Cámaras. *All right!*"

Junio, 1871.

XII

TUMULTOS EN EL PARLAMENTO

Escribimos en el primer número de *As Farpas*: "Las sesiones de la Cámara carecen de seriedad. Allí reina el tumulto, la confusión, etc."

Una nueva justificación de esta verdad apareció en la sesión del día 29.

Hablaba el señor presidente del Consejo de ministros. Hubo un momento en que su excelencia, o cometió un error de gramática, según dicen algunos periódicos, o arrojó desdeñosamente a la circulación la elocuente palabra *bomba*, según la afirmación de otros. El hecho es que la mayoría entendió que la mejor manera de manifestar al señor presidente que no tenía confianza en su política era abuchearlo. Y la patria debe agradecer a los señores diputados que no hubiesen arremetido a bastonazos contra Su Excelencia.

El señor presidente, para esclarecer la causa de aquel tumulto, se atrevió a inquirir tímidamente si

se hallaba en una plaza pública. La pregunta, como se ve, era excesivamente ociosa. En una plaza pública nunca hay tales gritos ni tales tumultos, porque la policía interviene y obliga a evacuar el sitio. Impunemente, al abrigo de las instituciones, sin ingerencia de la policía, un escándalo tan sólo se puede dar en la Cámara de los Diputados. En ninguna otra parte es permitido por los reglamentos ser tan excesivamente algarero. El caso es que la mayoría, para reprobar al señor presidente que se consideraba ofendida por aquella designación de plaza pública, prorrumpió en un alarido tal como no es costumbre hacerlo más que en la plaza de toros; todo para demostrar bien claramente que no era un grupo de "mozos de forcado" el que estaba allí, sino un cuerpo de legisladores. Muchas palabras gruesas hicieron entonces por primera vez su entrada en la Cámara, y, también entonces, el presidente del Consejo envió en compensación el epíteto "maleducados" a cumplimentar y abrazar a los representantes del país.

La gritería, el motín, los sarcasmos, la confusión y el desorden crecieron tan constitucionalmente, que el clérigo señor Ayres de Gouvella, diputado, se caló furiosamente su sombrero de copa. Después de este gesto, lleno de abnegación nacional, cesó la tempestad. Se dice que algunos señores diputados

fueron felicitados al salir por los más asiduos concurrentes a los tendidos de sol de la plaza del campo de Santa Ana que se hallaban presentes. Las tribunas habían permanecido impasibles. Tal fué esta memorable sesión, en que la altura de las ideas compitió con el vigor de la elocuencia.

Parece, pues, definitivo que el Parlamento ha adoptado el motín y la batahola como forma de sus trabajos. Ya habéis visto la sesión del 1.º de junio. ¿Queréis asistir a la del 29 de julio? He aquí su extracto fidelísimo:

El orador, terminando su perorata.—Y así fué, señor presidente, como ocurrieron los hechos.

El señor Luciano de Castro, interrumpiendo con grandes puñetazos sobre el pupitre.—El ilustre diputado dice una refinadísima mentira.

Voces.—¡ Bien, bravo!

El orador, volviéndose y desabrochando su chaleco.—¿ Mentiras?... ¡ Oh, descarado! (*¡ Bravo, bien!*) Señor presidente, no puedo consentir que un belitre intente entrar en mi fuero interior.

Voces.—¡ Fuera, fuera!

El señor Coelho do Amaral, apaleando con dignidad al señor Barros y Cunha.—De esta manera pruebo, señores diputados, que el señor Barros y Cunha no tiene razón alguna en los principios que ha establecido.

E Ç A D E Q U E I R O Z

El señor Carbalho.—Pero la dictadura fué nefasta; y no hay ningún galopín que me demuestre lo contrario... (*Enciende un cigarrillo.*)

El señor Coelho do Amaral, continuando el apaleamiento.—¡No me interrumpán el discurso; no me lo interrumpán!

El presidente de la Cámara, dirigiéndose a varios diputados.—Sus señorías no tienen derecho a interrumpir zurras que el reglamento garantiza. (*Gran gritería.*)

El presidente del Consejo.—¡La Cámara se está hundiendo en la más profunda abyección! (*Pronunciadas estas palabras, el señor presidente del Consejo sucumbe bajo una lluvia de bastonazos.*)

El señor José Dias, batiendo con su bastón sobre el pupitre para llamar a un ujier.—¡Dos cafés con tostada!

Una voz.—¡A mí, media botella de Collares!

El señor Pinheiro Chagas, tumbado, con aire melancólico:

“¡Oh virgen pálida y triste,
blanca visión de otros cielos!”

El señor Ayres de Gouvella.—¿Qué dice este hombre?

Voces.—¡Fuera, fuera!

Las oposiciones arrojan cebollas al señor Pinheiro

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

Chagas. Algunos señores diputados gruñen obscuridades que el ruido impide que lleguen a la mesa de los taquígrafos.

El orador.—¿No quiere escucharme la Cámara? Pues bien, pasaré a otros argumentos. (*Distribuye varios garrotazos.*)

Tumulto. El señor presidente arroja la campanilla a la cara de la mayoría y el tintero al rostro de la oposición. Algunos señores diputados mayan. El señor Santos y Silva, en el colmo de la indignación, se pone a dar volteretas. El señor Campos distribuye una prodigiosa cantidad de puntapiés.

El señor presidente.—Orden del día para mañana: continuará esta interesante discusión.

La Cámara sale corriendo, gritando, atropellándose por las escaleras abajo.

Los ujieres recogen los cascotes de las botellas de Collares...

La política llegó a tal miseria, que ni la urbanidad instintiva cohibe a los hombres.

Julio, 1871.

XIII

EL GRAN VALOR DE "SU EXCELENCIA"

Se habló mucho durante este mes de un acto de gran valor realizado por Su Excelencia.

Fué el caso que Su Excelencia subía en un carruaje la cuesta de San Benito con dirección a las Cortes, cuando un policía advirtió al cochero que no estaba permitido el paso. Su Excelencia, con admirable presencia de ánimo, asomó la cabeza por la portezuela, con grave riesgo de su vida, gritando al importuno: "¡Atrás!", y ordenando al cochero: "¡Adelante!" Un poco más allá, nuevo peligro. Otro policía hizo detener el coche. Su Excelencia, repitiendo la heroica hazaña, reprendió al policía y volvió a gritar con aire marcial al auriga: "¡De frente!", y tomó el reducto; esto es, subió la rampa. La historia registra pocas veces rasgos tan altivos. ¡Aun no secaron los laureles de Montes Claros!

Algunos diarios—la *Prensa* envidiosa empeque-

ñece a los héroes—dedicaron a este hecho agrias censuras fuertemente razonadas.

Quisieron dar a entender que Su Excelencia pretendió colocarse, ridícula y presuntuosamente, en un plano superior a los reglamentos de policía; que Su Excelencia, militar, dió el ejemplo del desacato a la disciplina militar; que Su Excelencia, jefe de policía, tornó irrisorias las disposiciones policíacas; que Su Excelencia, legislador, enseñó el desdén hacia la ley; que Su Excelencia, hombre de bien, que debe cumplir con su deber, reprendió a dos hombres por el hecho de cumplir con su deber; que Su Excelencia obliga a las personas de buen sentido a recordarle que no es precisamente el tirano Nabucodonosor, sino un jefe obscuro de una milicia civil, y que la fama de su nombre aun no pasó de Capillas, y sólo a costa de muchos esfuerzos va consiguiendo abrirse camino hacia el lado de Aldea Gallega.

Esto dijeron algunos maldicientes. Nosotros, sin embargo, que acostumbramos buscar la realidad secreta de los hechos bajo su apariencia exterior, decimos atrevidamente que ese acto sólo prueba en Su Excelencia exuberancia de todo brío guerrero.

Su Excelencia es un hombre valiente; se batió bien. Pero las guerras acabaron, y Su Excelencia está como un hombre gordo que no hace ejercicio. Su Excelencia sufre de exceso de valor, como ese

hombre sufriría de exceso de sangre. Su Excelencia tiene congestiones de brío. El coraje le produce vértigos como a los sanguíneos la abundancia de vida. Y ya verán ustedes cómo acabará por hacerle salir furúnculos.

Imagínense un hombre fuerte, ansioso de dar batallas, palpitante por tomar reductos, sediento de sangre enemiga, viviendo burguésmente y pacatamente en la Baixa, o en el cuartel del Carmen, y teniendo por única gloria estratégica destacar patrullas en el Arco de la Bandera, y por único tronar de artillería los cohetes del señor Cardins. Un bravo en estas circunstancias acumula dentro de sí, desde la garganta hasta el estómago, cantidades prodigiosas de furor guerrero. A cada movimiento que hace le suben a la cabeza y le vienen a la boca ondas de ardor bélico. Añadan a esto la atmósfera militar en que en esta época se mueve y respira: guerras en el Rin, guerras civiles, provincias conquistadas, ciudades que arden, nombres de generales heroicos que traen y llevan los telegramas, el ruido, el fulgor de la gloria, la inmortalidad en la Historia...; y él, Su Excelencia, condenado, por toda acción brillante, a reprender al 73 de la 2.^a porque hurtó un corraje al 48 de la 5.^a

Esta castidad en la lucha pesa a Su Excelencia. Su Excelencia necesita dar satisfacción a las exi-

E Ç A D E Q U E I R O Z

gencias de su temperamento; y Su Excelencia está viudo de gloria. Por eso, al más pequeño motivo, Su Excelencia, de dentro del diputado de la mayoría saca al héroe de la guardia municipal.

Hubo un tiempo, feliz entre todos, en que Su Excelencia anduvo haciendo la gran guerra contra los vagabundos. Entonces Su Excelencia vivía en el agudo interés de la lucha y de las conmociones soberbias. Era el tiempo de las dobles patrullas y de los grandes encuentros en la calle Nueva del Carmen. Entonces, cuando los guardias avanzados le decían: "Hay gente maleante hacia el lado de Bitesga", Su Excelencia respondía corriendo: "¡San Jorge y Portugal!" Y partía.

Y el nombre de Su Excelencia aparecía en los telegramas que algún corresponsal de Lisboa enviaba a *El Clamor de Alpedriña*.

Otras veces eran bultos sospechosos que habían entrado en una casa a horas desusadas. Su Excelencia corría, les cercaba, les bloqueaba, les dejaba un cuerpo de ejército compuesto de Benito, de la quinta; otro compuesto por José Perfecto, de la primera... Pero, ¡ay!, los bandidos que Su Excelencia sorprendía minando las instituciones eran pacíficos. miembros de la Cofradía de las Llagas.

Ese período épico ha terminado. El mundo cada vez se torna menos interesante y Su Excelencia está

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

de nuevo en disponibilidad heroica. Por eso atacó con tan enérgica arremetida a los dos policías. ¿Tiene él la culpa? ¿Puede él decir a su sangre que no corra y a su espada que no venza? ¿Puede él impedirse a sí propio el tomar Cacillas... y horchata?

Ahora bien, en estas circunstancias, juzgamos que hay una sola manera de salvar a este temperamento fatalmente belicoso. Consiste en establecer un matadero de reses para el uso del héroe. Se le procura así un calmante para su ferocidad. Todas las mañanas, el guerrero, como quien va a tomar su leche de burra, iría a matar un becerro. Sangraría así al buey y a su propio brío. Rabioso de valor, Su Excelencia llega, blande la espada, y la cabeza del becerro enemigo rueda a sus pies. El héroe limpia la espada, se marcha a almorzar y queda para todo el día reposado, tranquilo, sin ímpetus de bravura, pacífico como una berza. Y la policía entrará de nuevo en el disfrute de su dignidad y de su piel.

¡Así sea!

Julio, 1871.

XIV

EL EJERCITO EN 1871

Se dice (¡quién sabe si es una torpe calumnia!) que el Gobierno va a tener el impudor de consentir que se discuta el presupuesto general del Estado. Es natural que en esa melancólica ocasión se discuta también el presupuesto especial del muy belicosamente llamado Ministerio de la Guerra. Contando con tal eventualidad, trazamos sobre estas páginas algunas amables reflexiones.

Se asegura que en eso que en los informes se llama pomposamente el *Ejército* se gastan anualmente 20 millones de pesetas. Y decimos se “asegura” porque se hace difícil averiguar la exacta verdad, siendo como es el presupuesto un secreto inviolable.

Si se estudia bien la utilidad de nuestro Ejército, tenemos ocasión de lanzar algunas francas y fuertes carcajadas, dignas de Homero.

La primera utilidad de un Ejército es que se bata.

Por el número de soldados (batallones incompletos, cuadros rareados, etc.), estamos como después de una derrota, al cabo de veinticuatro años de paz.

Su armamento es ineficaz en absoluto. Está probado científicamente que, después de media hora de fuego, los fusiles de nuestro Ejército se pasarían al enemigo... reventados en astillas. Cuando no revientan, su alcance es humanitario. Queremos decir que las balas quedan a la mitad del camino del adversario.

Verdaderamente, nuestro Ejército sólo podría alcanzar al enemigo corriendo detrás de él; pero para eso le faltan soldados. En realidad, para tan poco armamento, más valdría que tuviesen un taparrabos y una flecha.

En lo que se refiere a nuestra artillería, existe un solo medio de perjudicar con ella al enemigo; consiste en hacerlo prisionero, colocarlo bien atado a cuatro palmos de distancia de la boca de la pieza, procurar no errar el tiro y conseguir así inutilizarle... la barretina.

El equipo es nulo. Ni tiendas de campaña, ni cocinas, ni transportes. Ningún aparato de marcha, ningún material de campamento.

El soldado portugués es bravo, firme, sufrido; tiene la videncia de la arremetida, como el toro. Pero en las guerras modernas estas cualidades son inútiles. Se ha comprendido ya que una pieza de artillería es un soldado más sufrido y más firme que cualquier hijo de Adán.

Estos grandes duelos de artillería exigen en el soldado otras cualidades además del valor; exigen, sobre todo en los Estados Mayores, la ciencia de la estrategia. Nuestros generales no tienen ciencia; han tenido antes, en la mocedad, bravura y pulso; después vivieron los años; perdieron la fuerza cuando, en verdad, ya no era necesaria, pero no ganaron la ciencia cuando ella era indispensable.

Los regimientos carecen de instrucción. No tienen el hábito del campamento, de la fatiga, de las marchas. No tienen puntería. La disciplina está relajada; no hay respeto ni subordinación. No existe tampoco el espíritu militar, el brío cuartelero, el amor al arma. El soldado vive en la ciudad en una indolencia de paisano: fuma, enamora, canta el fado; es un campesino que procura sufrir los cinco años de uniforme lo más alegremente posible.

No sirviendo el Ejército para la guerra, podía acaso servir para funciones de policía.

Pero no sirve. En las ciudades de segundo orden, los regimientos viven ociosos. En esas ciudades no

hay patrullas, ni rondas, ni centinelas; las calles, estrechas, sucias, mal alumbradas, son un terreno libre para el desorden. Nada más natural que aprovechar los ocios del regimiento para patrullar en la ciudad. Pero no; el regimiento se acuesta a las nueve para que no le moleste el aire de la noche. Los que vigilan vagamente, sin grandes cuidados y sin resistencia, son los cabos de policía. Y los cabos de policía son ciudadanos que hacen este servicio obligatorio y gratuitamente. Esto es, ciudadanos que tienen su trabajo, su familia, sus deberes, y sufren aún la obligación de mantener graciosamente la tranquilidad pública. Mientras que hombres que no tienen familia ni trabajo, precisamente para que puedan mantener el orden con más libertad; que no tienen otros deberes que no sea ese, y que para eso son pagados, se acuestan a las ocho de la noche, después de haber paseado desde las ocho de la mañana. ¡Oh, buen sentido! ¡Oh, Patria nuestra!

El Ejército, de este modo, es una ociosidad organizada.

¿Conviene, por lo menos, tener Ejército para el caso de una revuelta?

En este caso el Ejército sería inútil también. En Portugal el Ejército no se bate tranquilamente con el pueblo; el Ejército es aquí una parte de pueblo uniformada. En Francia el Ejército es un mundo

aparte, desterrado en sus cuarteles, en sus campamentos, con ideas, hábitos y sentimientos propios, sin comunicación con el pueblo, al que llama *bourgeois* y *pekin*, y no tiene nunca la menor vacilación en disparar contra él. En Portugal el soldado vive con el pueblo: salió de él, volverá pronto para él, está con él en diario contacto, bebe en las mismas tabernas, canta sus mismas canciones, baila en las mismas romerías: es todavía un ciudadano civil. Y no dispara contra el ciudadano. Cuando más, se limita a no pagarle nunca el vino.

De modo que el Ejército en Portugal es inútil para la guerra, inútil para una labor de policía, inútil para reprimir una revuelta...

¿Para qué sirve entonces? Para gastar 20 millones de pesetas.

Hay más: un Ejército solo por sí mismo es inútil si no forma parte de una organización militar completa.

Y ¿dónde están nuestras plazas fuertes? ¿Dónde nuestra artillería, nuestros arsenales, nuestros campos atrincherados, nuestras fábricas de armas para un caso de peligro, nuestros fuertes, nuestros caminos estratégicos? Nada tenemos, a no ser el buen sentido cerrado, la frontera abierta y unas piezas de artillería, ya disparadas por Camoens, lo cual es muy poético, pero inservible.

Se nos dirá: "¡Pero nosotros no somos un país militar!"

Entonces, hagamos lo que hacer se debe en un país que no es militar. No gastemos 20 millones de pesetas tan improductivamente como si los empleásemos en cajas de soldados de plomo. Licenciemos el Ejército y creemos para substituirle un Cuerpo de gendarmería civil y una guardia nacional, con servicio obligatorio para todo ciudadano válido.

De esta manera alcanzábamos:

1.º Economizar 20 millones de pesetas o, por lo menos, 15 millones.

2.º Reintegrar a la agricultura unos cuantos miles de brazos útiles.

3.º Hacer eficaz la defensa nacional.

4.º Establecer en todos los distritos del país un servicio de policía, que es de necesidad inaplazable.

Aun podríamos citar una quinta ventaja; pero no la exponemos temiendo que la Corte nos mandase asesinar.

Julio, 1871.

LA MARINA Y LAS COLONIAS

Padecimos en este mes un pánico patriótico: hemos creído que íbamos a perder Macao. China, según se afirmaba, había intimado a Portugal a evacuar aquella colonia, en donde sólo debía reinar la coleta.

Fué acusado acremente el Gobierno; la Baixa se pobló de comentaristas, y el orgullo nacional de la calle de los Retroceiros (1) pareció profundamente herido. Corrió el rumor de que el señor Carlos Bento, como en otros tiempos Caín, oía en las altas horas de la noche voces vengativas que le gritaban:

—¿Qué has hecho de Macao, Bento?

Mientras tanto, el Gobierno, para tranquilizarnos, vociferaba desde las columnas del *Diario del Gobierno*:

—¡No, portugueses, no; Macao aun es vuestro!

(1) Retroceiro: vendedor de seda torcida.